

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

EL ALUMBRADO DE GAS

HEN CARBON.

Hace tiempo que la *Tertulia* trató menudamente la cuestion de si era ó no preferible el alumbrado de gas de aceite al del carbon de piedra bajo varios conceptos, y especialmente á causa del olor tan ingrato y nocivo que exala el segundo, producido por los vapores sulfurosos, de los cuales no es dado deshacerse completamente, por ser hasta ahora ineficaces las operaciones químicas empleadas al efecto.

Cada dia que va pasando tenemos nuevas razones para ser contrarios, á lo menos en Cádiz, al dichoso alumbrado, sea por abandono ó, lo que es mas probable, por un cálculo egoista de la empresa, el resultado es que las luces de gas cada dia, ó mejor dicho, cada noche, arden peor; habiendo disminuido su intensidad, respecto de la que tenian al principio, hasta tal punto, que no solamente son inferiores á las antiguas de aceite, sino á las mas débiles que despiden las mas tristes lamparillas. Esto ha dado motivo á que muchos zumbones digan, y con razon, que la empresa del gas es en Cádiz enemiga declara-

da de las luces; y decimos en Cádiz, porque es seguro que fuera de aquí tendria que hacerse mas amiga de ellas. Que hagan sino los empresarios la prueba en cualquier punto de Inglaterra, y allí donde la gente no es tan bonachona como nosotros, verian que no estaba dispuesta á tolerar que se les dejase casi á oscuras, como acontece por acá muchas noches. Pocas hace que oimos por cierto á algunos vecinos de las accesorias de la calle de la Verónica, al ver pasar uno de los mozos encargados de encender los faroles: «Ahí va uno de los apagadores.» Y con efecto merecen este nombre, porque en muchas ocasiones hemos observado que en lugar de abrir algo las llaves para aumentar la luz macilenta de los faroles, suelen torcerlas en sentido contrario á fin de dejarlas enteramente moribundas.

Pero no es lo peor la falta de luces, porque en último caso solamente se espone uno en la calle á alguno que otro tropiezo, y siempre queda el recurso de llevar una linterna. Lo insoportable es, no ya el mal olor, sino la fetidez que hay en las plazas, en las calles, en el teatro del Circo y en los establecimientos públicos que tienen la desgracia de estar alumbrados por el gas, fetidez igual á la que se percibe en los baños de la fuente amarga de Chiclana. Y esto hace aun mas nocivo de lo que es en sí el uso del gas en los teatros y

establecimientos donde no es posible la ventilacion que hay en las calles.

Y por si algunos dudan de que con efecto puede causar grave daño este alumbrado, aun cuando no exalara ese fétido olor que despiden en Cadiz, insertaremos un párrafo de la *Union Médica* que se publica en Madrid. Dice así:—

«FUNESTOS EFECTOS DEL ALUMBRADO DE GAS EN LOS TEATROS.—El célebre químico Dumas ha hecho notar que cada mechero del gas de hulla consume por hora el exceso de 171 litros de oxígeno mas que el mechero de aceite, sustrayendo por lo tanto del aire gran suma del principio que sostiene la respiracion; produciendo á la vez el mechero del primer gas 86 litros de ácido carbónico que vierte en la atmósfera mas que el segundo, ó lo que es lo mismo:

	<i>Oxígeno que consume. Litros.</i>	<i>Oxígeno que consume. Litros.</i>
Tuvo de gas de hulla: por hora.....	234	128
Tuvo de gas de aceite, siendo aun menores las proporciones usando el aceite comun: por hora	63	42
<i>Diferencia... 171</i>		86

«A tan marcado exceso de alteracion de la parte respirable del aire, hay que añadir, segun la citada autoridad: 1.º, desprendimiento de hidrógeno:—2.º, de ácido sulfuroso:—3.º, gran cantidad de carbono:—y 4.º, elevacion de la temperatura; y calculando que será mayor el número de luces de gas carbónico que se empleen en el teatro, que no el de aceite, por lo menos en una cuarta parte, ó sean 50 luces; empleando un total acaso de 250 á 300, apréciase cuánta no será la sustraccion del oxígeno, el desprendimiento de carbónico y el de los demas principios referidos.

«Si á una atmósfera de la que tanto oxígeno

se sustrae, se la agrega gran cantidad de carbónico, gas sumamente deletéreo, el ácido sulfuroso, cuyo olor desagradable y sofocante se ha podido observar en el pasaje del Iris; y finalmente el mayor desprendimiento de calor, están claros los funestos efectos de la innovacion.»

Si el desprendimiento de ácido sulfuroso y de carbono alteran la parte respirable del aire, y esto tiene lugar aun cuando se haga bien la purificacion del gas, ¿qué dirian Dumas y la *Union Médica* si supieran que por acá apenas se hace esta purificacion á fin de ahorrar tiempo, gastos y trabajo?

Nosotros creemos que debe ponerse ya término á estos abusos de la empresa ó de quien sea, á fin de evitar males que pueden llegar á ser de consideracion, máximo si por desgracia se viese acometida algun dia esta ciudad de la enfermedad que amenaza á otras muchas de Europa.

Ademas, sin existir estos peligros debiera evitarse por todos los medios posibles se sahume á la poblacion todas las noches con sustancias sulfurosas nada gratas por cierto al olfato, y que puede evitarse, no hay duda, pues todas las personas que han estado en Inglaterra aseguran que en los teatros, calles &c. de Lóndres, alumbrados por gas, no se percibe olor ninguno.

Veremos si se pone remedio, como es de esperar, á este abandono; ó de lo contrario volveremos un dia y otro á insistir sobre el mismo asunto.

PELEA A BOCADOS

entre dos primas donnas absolutas.

En Sevilla hay, si mal no recordamos,

un teatro que se llama de San-Fernando. No crean nuestros lectores por eso que este coliseo perteneció al santo rey, ni menos que es el teatro de la inmediata ciudad de San-Fernando, en otro tiempo Isla de Leon; pues nunca se ha visto que los edificios de un pueblo estén en otro.

En este teatro, pues, hay una compañía lírica: cosa que nada tiene de particular. Hay tambien dos primas donnas absolutas: la una llamada doña Cristina Villó y la otra la señora Carlota Vittadini.

El público aplaudia á dos manos y á garrotazos á una y otra cantante; pero hé aquí que á lo mejor en el patio del teatro de San-Fernando comienzan á levantarse bandos de Zegries y Abencerrages, de Güelfos y Gibelinos, ó Montescos y Capeteles, y por último, de Ungaros y Austriacos, si estos dos enemigos merecen el nombre de bandos. Pero ya está dicho y nosotros de ningún modo solemos volvernos atrás en las cuestiones.

Con el nacimiento de estas *fracciones*, como ahora se dice, encarnizáronse los ánimos, llegando hasta el punto de apelar los Güelfos y Gibelinos, no á las armas, sino á las intrigas y á los enredos, para con ellos labrar la impopularidad de cada una de las artistas.

En tal estado, preciso fué que las partes agraviadas publicasen su correspondiente manifiesto para vindicarse de los cargos que contra la opinion de cada una lanzaban al aire los furibundos enemigos.

La señora Villó tomó, pues, la pluma, y mojándola en hiel, en vez de tinta, escribió un articulo que vió la luz pública en uno de los diarios sevillanos que se llama *El Porvenir*. Dice el citado documento lo que á continuación verán, si quieren ver, nuestros benévo-

los y cándidos lectores:

«Señores redactores del *Porvenir*.—Habiendo leído en su apreciable periódico del día 4 de mayo un artículo que hace referencia á una incalificable intriga que se ha urdido en cierto círculo de personas contra mí, me veo en la necesidad de tomar la pluma para hacer algunas aclaraciones que ilustren al público sobre esta enojosa cuestion.

«Hubiera mirado como se merecen estas pequenezes, pero me han afectado en tales términos los ocultos manejos que se ponen en práctica por ciertas personas á fin de desconceptuarme, que no puedo desentenderme de ellos, porque no solo afectan mi amor propio como artista, sino que tambien mi educacion y modo de conducirme en el teatro.

«Una persona ha hecho correr la voz de que yo habia llamado *bárbaro* á cierta parte del público. Tan inaudita suposicion es lo que me ha movido á tomar la pluma, para protestar contra semejante falsedad, y dar una completa satisfaccion á las personas á quienes dice el calumniador que yo me dirigia, y un solemne inentis al intrigante.

«Hay mas; dijo que yo no dejaba cantar las otras primas donnas, movida por un sentimiento egoista y mezquino. En el momento que llegó á mis oidos este ruinar, que fué el 17 del pasado, llamé á mi cuarto de vestir al emproario, y delante de personas muy respetables de esta ciudad, le pregunté si yo le habia exigido cantar alguna ópera, ó si habia pretendido ejercer en el teatro algun género de exclusivismo. A lo que él contestó que esto era de todo punto falso y que en prueba de ello, la única ópera nueva que se ejecutaba en la temporada, no la cantaba yo, pues si bien habia hecho el *Columella*, nueva para este público, este era un juguete insignificante. A esto le repliqué que seria muy gustosa en que las demas *primas donnas* cantasen las óperas que mas les agradasen, tanto de las que yo habia cantado como de las que la empresa tuviera dispuestas para mí, con otras razones que omito por no molestar al público.

«Como la maledicencia y la intriga nunca se dan por satisfechas cuando se ensañan contra una persona inocente, dicen (esos que se han declarado mis enemigos) que me he

negado á cantar el mártres por haber envidiado los aplausos que le fueron prodigados anteriormente á otra actriz. Me he negado á cantar el mártres por estar mala, absolutamente por eso. He envidiado aplausos, es cierto, y mas de una vez, pero han sido los entusiastas y nunca grandes prodigados á la Grissi, Tadolini y la Pasta; ú otras artistas de este rango.

«Esta es la única vez que molestaré al público con cuestiones de esta especie; pues mi único afán es complacerle y mostrarle mi agradecimiento por las inequívocas pruebas de aprecio que repetidas veces me tiene dadas.

«Queda de ustedes, señores redactores, su afectísima S. Q. B. S. M.—*Cristina Villó de Chilvi.*»

Disparado este cohete á la congreve en forma de artículo contra la señora Vittadini, esta no se hizo sorda al llamamiento. Caló como era natural, lo que querían significar las anteriores líneas, y dijo en sus adentros.

«Tiempo es ya de que yo me lance á la palestra pública: no para luchar en el circo como en la antigua Roma conquistadora del Orbe; no para pelear en el palenque apelando al juicio de Dios como se usaba en la edad media, sino en los periódicos y con la pluma en mano á usanza del venturosisimo siglo décimo nono, y remitiendo al juicio del público sensato, cuando piensa como uno, ó insensato cuando tiene opinion propia y se separa de las tiranías que alguna vez quieran imponerle los que se llaman ilustradores del mundo.»

Hecha esta salva en sus adentros, entró la señora Vittadini en la materia, como dice el señor Arespacochaga, y publicó en el *suso-espresado Porvenir* de Sevilla el *subsiguiente* artículo:

«Señores redactores del *Porvenir*.—He leído en su apreciable periódico el artículo de fondo del día 4, que habla de teatro, ó mas bien de la compañía lírica, y habiéndose

ustedes tomado mi nombre para hacer comparaciones, que siempre son odiosas, solo debo decir que se han colocado en un terreno muy falso, porque jamás he pretendido, ni pretendo, ni pretenderé juzgarme mejor que la señora Villó (Cristina), que respeto mucho porque seria hacerme muy poco favor, y esponerme á una justa y severa critica, de la que quiero librarme porque creo no dar motivo á que me se tenga por actriz que se procura otros aplausos que los legitimos concedidos espontáneamente por el público, en premio de los buenos deseos y trabajos de una artista. Como una de las damas absolutas, mi único objeto es cumplir con mi obligacion, y hacer cuanto me sea posible para agradar á un público á quien tantos favores debo, de los que estaré eternamente agradecida, pues es el único juez de mis tareas.

«Sirvanse ustedes, dar cabida á este remitido en su apreciable periódico, á lo que le quedará agradecida S. S. S. Q. S. M. B.

Carlota Vittadini.

«Sevilla 4 de mayo de 1849.»

De este modo terminó una cuestion poco importante para el público en verdad; pero que demuestra que la aficion á polémicas periodísticas va tomando cada día mas cuerpo entre las mugeres.

Por lo demas, nosotros como no vivimos en Sevilla, ignoramos las causas y no causas de esta pelea á bocados entre dos primas donnas absolutas. No sabemos tampoco quien tiene la razon; pero desde luego la adjudicamos á la señora Villó, sea por lo que fuere, y por aquello de que *á los tuyos con razon ó sin ella.* Hemos dicho.

P O E M A .

A MI MADRE.

Hoy solo, frente á frente
De mí mismo estoy yo; triste, abatido,

Mientras se alza en mi mento
 Rostro dulce benévolo y querido.
 Es mi madre; gran Dios! la que sus pechos
 Me dió al nacer, y en el precioso jugo
 Me dió el amor y la virtud, y espejos
 De altas lecciones en su vida entera;
 La que escuchó mi plática primera,
 La que á los vivos pálidos reflejos
 De la apacible luna
 Y á los rayos del día,
 Mis lágrimas primeras enjugaba;
 En mis sonrisas blandas se embriagaba;
 Junto á mí de placer se estremecía,
 Y en la móvil cuna
 Que afanosamente mecia,
 Besos ardientes á mi frente daba
 Y en plácidos cantares me adornaba!
 Madre del corazón! La breve historia
 De mi adorada infancia,
 ¡Tiempo feliz que ser debiera eterno!
 Hoy puedo recorrer en mi memoria
 Al vivo rayo del amor materno.
 Y hoy la recorro yo punto lejano
 De turbulenta y azarosa vida,
 Cuando la antorcha de mi fé se apaga,
 Cuando la luz de mi esperanza muere,
 Y el pie vacila ó en tinieblas vaga,
 Vuelvo la vista ardiente
 A aquel remoto oriente
 Salvando el tiempo y el espacio denso,
 Y la antorcha á encender voy diligente
 En la ancha hoguera de tu amor inmenso.

¿Qué no hiciste por mí? Débil infante,
 Tus pechos mi alimento, tu regazo
 Mi exclusiva mansión; niño, tu acanto
 Me dió el amor de Dios por sentimiento
 Y su imagen trazó en mi fantasía:
 Adulto, me anunció tu amante brazo
 La senda del deber que al cielo guía
 Y aun esto nada fué: pude indolente
 A tu solemne voz cerrar mi oído
 Y abrirlo al grito de pasión vehemente;
 Abrigo al vicio dar pude en mi mento
 Y hacer al corazón de errores nido.
 ¿Cuál no fué tu dolor? Tierna, afanosa,
 Solícita, callada, ni una muestra
 De queja al hijo ingrato dió tu pecho;
 Y su consuelo fuiste, y cariñosas
 Tus manos enjugaban
 Las lágrimas ardientes, numerosas,
 Que de su tierno corazón brotaban
 Y sus mejillas pálidas quemaban....

¡Qué no hiciste por mí! Mar sin orillas
 De abnegación y de esperanzas, ¿cuándo
 No te vi, ¡madre! de mi vida escudo
 O las heridas de mi error cuidando?

Pobre Guadalevin que ronco trueno
 Al pie del Tajo, cuya altiva cumbre
 Ronda domina, tu profunda pena
 Podrá espresar y amante dulcedumbre:
 El, madre, diga tu dolor: él diga
 El llanto que vertiste,
 Y que yo nunca vi: llanto querido,
 Que dió tu dulce pecho,
 Sin que sonase en el atento oído
 De tu hijo inmóvil en doliente lecho.

El mar hable también que á Gades ciñe:
 Por seis lunas allí.... ay! cuánto, cuánto
 Padecer sin igual, vertido llanto
 Y zozobra sin fin.... ¡y siempre grata,
 Duro, cruel tormento!
 A mis ojos amable sonreías;
 Y me anunciabas con alegre acento,
 Y en ellos no creías,
 Muchos futuros saludables días....

Y Bétis, Manzanares.... ¡cuánta margen
 Mostró la huella de mi pie, tu blando
 Profundo amor contar también pudiera;
 Tierna, amante, sincera,
 Ausente ya ó presente, á mi memoria
 Presente siempre estás, y en torno mío
 Con angelica forma revestida:
 Cierro los ojos y feliz sonrío,
 Burlo el rigor del huracán sañudo;
 Tu nombre es mi querida,
 Tus alas son mi escudo,
 Y tu vida es mi vida!....

Basta ya; basta ya: no hay voz, no acento
 Que entone tu loor; en vano, en vano,
 Pulsa las cuerdas mi temblante mano:
 Que no hay sonido á tanto sentimiento.
 Abandonada, y en pedazos rota
 Quede mi lira inútil. Madre mía!
 Tu sola comprender en este día
 Puedes el llanto que del alma brota!

FELIX DE UZURIAGA.

Madrid: marzo 19 de 1849.

UNA MUESTRA MENTIROSA.

En la calle de la Carne, esquina de la del Horno quemado, hay una muestra que dice

LECHERIA:

Al pié de ella está la puerta de una accesoria llena de cuadros, sillas, sofás, floreros con otras cosas por el estilo.

Por lo que se contiene en su recinto merece el nombre esta tienda de

BARATILLO:

pues así se llaman, con perdón de quien lo quisiera perdonar. No sabemos si dar á un baratillo el nombre de *lechería* es cosa más aristocrática; del mismo modo que los bodegoneros no quieren llamar redondamente á sus tiendas *bodegonas*, y para eso se valen de mil rodeos, tales como poner en las puertas con letras de á vara unos *Casa de comida* y otros *despacho de comidas*. Estos sin duda ignoran que nuestro célebre poeta don Francisco de Rojas dijo en una de sus comedias por boca del gracioso aquello de que

Después de Dios bodegon,

añadiendo para encarecer las excelencias de tiendas de esta especie, y lo segura que estaba la vida con los alimentos que en ellas se solían vender;

pues como Lope advirtió,
á ningún hombre se vió
darle veneno en mondongo.

Volviendo á la muestra primera, no será malo advertir que aquellos filósofos que en todos los siglos nunca faltan, y aquellos que sueñan con que volverán los dichos tiempos de Torquemada y otros freidores, no de pescados sino de hombres, hallarán en semejante rótulo á tal tienda una prueba clara de lo trastornado que anda el mundo. Ya se llama *lechérias* á los *baratillos*: y sin duda á las *lechérias* se llamará de hoy más almacén de suelas y zapatos: á las modistas plateros, á los almacenes de comestibles peluquerías, á las tabernas librerías, y á los hornos tiendas de efectos ultramarinos. Dios tenga piedad de nosotros.

El elefante.

En una accesoria sita en la calle Ancha está de manifiesto, como dijimos en el número anterior, un elefante, parvulito de cinco años de edad, y más grande que un caballo. A la voz de su dueño coje con la trompa monedas de plata y las echa en un cepillo puesto junto al techo: toca un filarmónico, una campanada para que le den de comer, come y bebe vino y hace otras muchas habilidades dignas de ponerse en escritura. Pero esto que ejecuta el señor elefante no es nada en comparación de los que otros de su especie han hecho, según consta del testimonio de graves autores: hombres incapaces de decir una mentira aunque les costase un ojo de la cara.

Claudio Eliano (libro 5.º capítulo 22) dice que un elefante se enamoró de una mujer que vendía guirnaldas en Egipto, á quien también amaba Aristófanes Gramático. Otro quería tanto á un niño que no probaba bocado sino lo tenía delante, y con la trompa lo mecía en la cuna y le quitaba las moscas y mosquitos para que con mayor comodidad durmiese. Plinio (libro 8.º capítulo 7) habla de otro animal de estos que escribió en griego con la trompa. El célebre naturalista Cristóbal Acosta, en su tratado del elefante, (Burgos: 1578) cuenta que uno habló, y fué de este modo. Trabajaba en la India oriental y en la ribera de Cochín, cuando un día, cansado ya de sus tareas, determinó recogerse. El capitán de aquel puerto le mandó que echase una galeota al mar, pero el animal hizo sordo. Tornó el capitán á pedirle con dulces palabras accediese á su demanda, diciéndole que era cosa que convenía al servicio del cristianísimo rey de Portugal. Entonces el elefante fué para la galeota diciendo *hoo, hoo, hoo*, que en la lengua de Malabar, propia de la tierra en que esto pasaba, significa *si quiero, si quiero, si quiero*.

El mismo autor refiere lo que sucedió en la India oriental con otro elefante y un calderero sobre componerle una caldera en que comía, que queriéndosela el maestro dar estropeada, fué al río y la llenó de agua, y

viendo que se vaciaba por varios agujeros y la burla que hacian de él se embraveció tanto, que á no acudir gente, muy mal lo hubiera pasado el calderero.

Acocció una vez en la ciudad de Cochín (segun Acosta) que tirando un soldado con una cáscara de coco á un elefante doméstico, y dándole en la cabeza con ella, el animal la cogió, y no pudiéndose vengar en aquel momento, la guardó dentro de la quijada. Pasaron algunos dias y viendo pasear al soldado que le habia ofendido, tomó con su trompa la cáscara, y llegando á su enemigo se la arrojó, mostrándose muy contento de haber satisfecho, de este modo su afrenta.

Todas estas cosas, que son tortas y pan pintados para lo que hace el elefante que reside ahora en Cádiz, se hallan referidas por autores muy acreditados. Dudar de su dicho seria ponerlos de embusteros; y obligacion es de todo fiel cristiano honrar á los vivos y á los muertos.

Solo nos resta preguntar á nuestros lectores: si los franceses dueños de este elefante piden al curioso tres reales vellon por enseñarles á este prójimo y darles asiento donde puedan verlo mas á sabor y placer, cuando el animal se contenta con tocar campanas, contar dinero, comer pan y ensalada, beber buenas botellas de vino, disparar pistolas y tenderse á la larga, ¿cuánto dinero no llevarian si hablase y dijese *hoo, hoo, hoo*, como cuentan que algunas veces suelen hacer caballeros de esta especie? Afortunadamente este elefante no habla ni habla. Descansen, pues, los curiosos y amantes de gastar poco en dar satisfaccion á sus deseos. Ver las tres habilidades de este animal, cuesta tan solo tres reales. Dicen por ahí los descontentadizos que mas pudiera hacer el elefante; pero si mas hiciera, mas valdria; conque así váyase lo uno por lo otro.

Miscelánea.

Hemos visto un retrato del señor rector del colegio de San-Felipe Neri, acabado de

pintar por don Santiago Gonzalez Lago, discípulo de la Academia de Bellas-Artes de esta ciudad. El cuadro está bien entendido y ejecutado con maestría y buen gusto: el colorido es brillante y de un efecto agradable. Damos por ello la mas cumplida enhorabuena al jóven artista que tan buenas disposiciones muestra para el sublime arte de Apeles.

Y VA DE MUESTRAS.—En la calle del Vecdor hay una que dice lo siguiente.

«Calzados de todas clases á presios equitativos número 58 $\frac{2}{1}$.»

Prescindiendo de la nueva ortografia de escribir precio con *s* y de acentuar *adlibitum*, no deja de ser notable el sistema de numeracion inventado por el pintor de la muestra. En vez de $\frac{1}{2}$ pone $\frac{2}{1}$ que equivale á 2. Esto, como pueden figurarse nuestros lectores, debe reputarse como un adelanto aritmético con sus puñtas de matemático: el cual con el tiempo será de gran utilidad para contar. Mucho deseamos que el autor de este descubrimiento dé á luz su nuevo sistema de numeracion, y tambien que abra cátedra pública; que ¡vive Dios! no seremos los últimos en acudir al llamamiento.

—Algunas personas observadoras han notado que no se ve este año por las calles á ningun húngaro de los que suelen venir por estas tierras con su vara de medir y su mu-chila con lienzos á las espaldas; pero no es estraño que así sea, porque están muy ocupados en tomar ciertas medidas en las costillas de los austriacos.

Sabemos que nuestro apreciable amigo el ingenioso poeta don Eduardo Asquerino va á publicar un poema con el título de *Las dos almas*. De esta obra tenemos muchos y muy buenos informes.

El emperador Carlos V ha estado á punto de convertirse en un huevo estrellado.—Representábase el pasado domingo en el teatro del Circo el drama de Victor Hugo intitulado: *Hernani ó el honor castellano*, donde se presenta á Carlos V como un picarillo y travieso galanteador. El señor Vecchio, actor que representaba al referido personaje, fué á salir del armario en que se esconde en el acto primero; mas lo hizo con tal furia que, á no desviarse pronto, de seguro el mueble, que vino á tierra, hubiera caido encima de él á riesgo de molerle muy bien las costillas. Las risas del auditorio dieron entónces á entender cuánto se alegraba de que Carlos V hubiese escapado de tamaño peligro.

La cerveza en ciertas ocasiones se atreve á ultrajar los rostros de los reyes. Decimos esto porque el lunes anterior se representaba en el teatro del Balon la comedia *Reinar contra su gusto*. En el primer acto se tiene que destapar un tarro de cerveza; pero el actor encargado de esta operacion no la hizo como hubiera deseado. Disparose el líquido de tal modo que subió hasta las bambalinas, dejando ciego al monarca que representaba el señor Warella, y cometiendo un crimen de lesa magestad, digno de la execracion pública.

NUEVA COMEDIA DE MÁGIA.—En el último acto de *Lázaro el pastor de Florencia*, drama representado en el teatro del Circo en la noche del juéves, hay un coloquio entre Rafael

Salviati (el hombre bueno) y Judael (el hombre malo.) Aquel echa en rostro á éste sus crímenes; pero el pícaro le dice: *¿Qué tribunal será bastante poderoso á juzgarme?* Entónces el hombre de bien lo replica: *Hélo aquí*, y descorro una cortina donde aparecen los duques de Florencia con sus coronas de oropel, sentados en un trono y rodeados de los gallegos que componian la corte y el ejército toscano en aquella época. Pero en el teatro del Circo faltaba decoracion á propósito y con puerta grande para que se viese el tribunal, y por eso se arbitró el medio de que al decir el hombre bueno *hélo aquí*, sonase el pito, la decoracion subiese á las bambalinas, los bastidores de ella se fuesen á paseo, y apareciese el salon régio: de forma que con esta operacion quedó convertido en comedia de magia el espantoso drama de *Lázaro el pastor de Florencia*.

El domingo anterior hubo en el teatro Principal un concierto digno de memoria, ejecutado por artistas italianos que venian convertidos en aves de paso. No eran en verdad ruiseñores ni pájaros de dulce cantar; sin embargo, dieron tales voces que aun resuenan en nuestros oidos. Sordo hubo en el teatro que imaginó haber llegado la hora de la cura de sus males. Esto no es extraño, pues en todos tiempos el poder de la música ha hecho prodigios. ¿Porqué nos hemos de maravillar que esos artistas hiciesen con sus voces recobrar el oido á los que estaban sordos como tápias, cuando Orfeo y Anfion llevaban tras sí las fieras y animales?

CADIZ: 1849.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA, calle de la Aduana, número 20, frente á la misma.